

Luis Meléndez

Poetas modernos o poesía moderna ⁽¹⁾

«EL UNICORNIO, LA PALOMA Y LA SERPIENTE»



ALGUIEN leyó en uno de esos días, como regalo para los presentes, entre serio y bromista, un poema «nuevo», y también su panegírico por uno de esos poetas muy jóvenes que conocen todos los resquicios, ya no sólo puertas, de las estancias de ultratumba, los mantrams inefables de la psicología ultraísta, los flúidos astrales del esqueleto y su ojo de cíclope; uno de esos poetas muy jóvenes que viajan por los espacios cosmogónicos, llamándose a sí mismos poetas de la humanidad y del pueblo. («Los tres», por Antonio Massis).

El poema y su apología produjeron consternación. Las únicas exclamaciones que se oían eran: Pero cómo... Cómo es posible!

No se respondía porque a nadie se le ocurría respuesta alguna, a lo que no era posibilidad sino hecho

(1) De un libro por aparecer.

concreto, presente ahí, pero sin precisa forma. Un monstruo mental como pudiera ser uno de los abismos del mar, inclasificable, pestilente a veces, con sugerencias obscenas, cambiante, desgarrado porque acaso llegó a la superficie ya reventado por las diferencias presionales; algo, diáfano, solía temblar como gelatina, y se alzaban extraños brazos o serpientes, cuajados o enjorjados con vasitos constrictores, con rojas bocas neumáticas, vampirizantes. Se producía una contorsión, y todo parecía un monstruoso diafragma que iba a aullar con horrible voz sin sentido preciso, y que tampoco aullaba, cerrándose, al fin, entre escamas de colores fulgurantes y metálicos.

Por cierto, nadie entendió una frase, pero nadie quiso pensar que eso se creó para ser entendido, no por la razón o la inteligencia, sino captado por el instinto, con la misma secreta incoherencia con que fué creado, también instintivamente y sin la inteligencia. Tampoco nadie quiso ver en eso, en la creación y su creador, llamémoslos así, manifestaciones instintivas tan viejas como la humanidad y pertenecientes al substrato desconocido del hombre.

No sólo se apologaba a un poeta, con exaltación; también exaltadamente se infamaba y difamaba a otros poetas rivales, que peleaban entre ellos por creerse cada uno El Iniciador.

Eso quedó iniciado con las primeras bebidas embriagadoras que inventó el hombre, o antes, con los primeros jugos vegetales estupefacientes y enloquecedo-

res que ingirió o con las percusiones, sugestionantes del primer tambor. Existen en la Melanesia, en el Africa y en el Asia ecuatoriales, entre los indios americanos del trópico, y quién sabe dónde más, rituales nocturnos misteriosos, fascinadores y horribles cuya única razón es el imperativo de esa secreta llama interior, o ritmo, que nace en ignoradas raíces de los nervios, para estallar descargando su violencia en sensaciones que no logran alcanzar forma en la mente embriagada y enloquecida, alucinada por extraños y fermentados breva-
jes, pero que salen expelidas como el fuego de los volcanes. En la Malasia esta compulsión de tales instintos se desplaza en el furor homicida llamado Amok; es la cumbre trágica. Como todo impulso humano, tiene oscilaciones que van de un polo a otro.

La civilización no ha borrado «eso», aun latente, como ciertas enfermedades muy benignas ahora, pero que en las viejas edades fueron espantosas y mortales. Quién puede asegurar que la música, con su refinamiento melódico y sinfónico, infinitamente enriquecido pero sin forma verbal, no sea sino la sublimación de «eso». Podría creerse, cuando las canciones primitivas, y nuestra «cueca» como ejemplo inmediato, dicen cosas incoherentes que nada expresan al civilizado, pero son elocuentes para el oído autóctono primario.

Las literaturas más viejas, los recitadores prehistóricos, la voz de la superstición y de los «iluminados» habló siempre ese lenguaje inconexo, con la voz de las Sibilas convulsas y enloquecidas. También los Profe-

tas, y por último, ¿qué poema ultraista más obscuro que ese «Apocalipsis» del San Juan Bíblico? Parece innegable que fué un precursor bastante anticipado a nuestros poetas, a los Chabrilón argentinos, a los Lautremonts uruguayos y demás buscadores de la revelación sin palabras.

Y por último, qué otra cosa sino «eso», muy atenuado y sofisticado buscarían hasta ahora los alcohólicos consuetudinarios, en la embriaguez?

Todo eso podía estar muy bien sin una pequeña falla: el artificioso conceptualismo intelectual que solía emplear el poeta para pretender la creación, o ascensión de lo a intelectual. Aparecen, entonces, dolores ficticios y supraintelectualismos muy alejados de lo cualitativo del instinto.

Pero todos esos alcances apenas significarán algunas facetas del poliedro o de la esfera que forma el total del asunto.

Para el entendimiento humano, una mayoría abrumadora se conforma con frases hechas que sirven de claves, muy limitadas, cuyo alcance es el indispensable para la necesidad o curiosidad incipientes de su vida interior embrionaria. Esas claves juegan como los resortes en los juguetes, o los motores, que producen rítmicamente un movimiento igual. Un hombre del montón le dice a una mujer de su misma especie mental: la amo. El siente un estado interior que lo cree bien definido con esas dos palabras que han agitado o removido algo en su pequeño universo, algo que pudie-

ra ser así como los linderos de una selva desconocida, las flores o los frutos de su «jardín interior», definición que siempre les parece poética y elocuente, o bien las aguas de su mar o de su ciénega íntimas. También las dos palabras pueden ser el resultado de esos movimientos y no su causa, pero, causa o efecto, generalmente no se extienden más allá de la inteligencia media o ininteligencia. La mujer, si las acoge, experimenta resonancias idénticas y de allí para adelante sigue accionando el resorte.

Si uno de los amantes posee una consciencia activa, esas dos palabras son el estimulante que le impulsará a descubrir más y más allá, dentro del ansia, en su necesidad de saber y expresar con ese nuevo o divino sentido de la vida que le es concedido dentro de un tiempo maravilloso y permanente que necesita revelarse y revelar al ser amado. Rara vez tal amante logra otro éxito que el de su propia revelación, pues las imágenes logradas deslumbran, embriagan y desorientan por fin, hasta llegar a calificárselas como de dudosa sinceridad o artificiales por quien no está en el mismo clima de descubridor y de creador extasiado.

Pero el arte no es un amante monologuista ni en desgracia. Como descubridor y creador del universo humano desconocido, no se puede limitarlo a un papel de marinero de semáfora. Es absurdo reducir su energía creadora a accionar pequeños circuitos con radio de motores o resortes de juguete.

El arte es descubrimiento, revelación y creación, mas, como el descubrir, crear y revelar no tienen límite de tiempo ni espacio, no habría razón alguna final para negar el arte de esos tres poetas cuando logran hacer o extraer elemento legítimo entre sus hornadas de ingenio y sus golpes de efecto.

Claro! Así suele lograrse alguna pepita de oro entre quintales de desechos. Sí, la pepita de oro entre el drenaje de las arenas auríferas o el diamante en el carbón. Está muy bien, pero ese material desechado tiene también su propio valor, no menos importante dentro del fenómeno puro en permanente creación por la naturaleza. O es que la poesía es sólo pepita de oro o cristal de carbono?

Pero, entonces, todo es poesía?

Así como la belleza está dentro de los ojos del espectador, según Hamlet, parafraseando a Shakespeare podría decirse: la poesía está en la propia sensibilidad del contemplador. Tal concepto panteísta de la poesía se presta a largas discusiones que no versarían sólo en eso sino en saber si en el ejemplo de las pepitas de oro y los diamantes se escogió verdaderamente diamantes y oro y no extrañas y desconocidas materias similares. Ahí la discusión tendría un nuevo punto de partida, para cerrar el círculo en torno a la poesía.